

Recuerdos de ayer para la evangelización de hoy

FELIX MORACHO



“Sea cual sea el punto de vista desde donde se le contemple, destácase el Obispo de Chiapas como un verdadero héroe de Iberoamérica, el hombre en quien se encarnó la conciencia moral de esta última en su más alta expresión y hacia cuya personalidad, ideas y obra deben volver más y más las generaciones futuras en busca de guía e inspiración” (John A. Mackay).

“Liberación es en la actual Iberoamérica el nombre tópico del proyecto cristiano y humano, evangélico y político del fracasado Obispo de Chiapas; y pienso que el “Documento básico de trabajo” de la Conferencia Episcopal de Medellín (Colombia) constituye el texto en que acaso más fielmente sea hoy recogido el viejo espíritu lascasiano: liberación económica, política y cultural se exige en él, con el Evangelio en la mano, para los pobres y los oprimidos de esa parte del Tercer Mundo que todavía, aunque no siempre con buenos argumentos, sigue llamándose a sí misma cristiana” (Pedro Laín Entralgo)

En 1942, el Fondo de Cultura Económica de México (Biblioteca Americana de Obras Latinas) publica por primera vez una de las cuatro grandes obras de Fray Bartolomé de las Casas, de la Orden de Predicadores y antiguo Obispo de la real ciudad de Chiapas en el Nuevo Mundo de las Indias: “DEL UNICO MODO DE ATRAER A TODOS LOS PUEBLOS A LA VERDADERA RELIGION” (1).

Obra escrita entre 1536-1537, citada repetidas veces, copiada (se tiene noticia de cuatro copias que estuvieron en circulación en los primeros años del siglo XVII), resumida por Antonio de Remesal en su obra “Historia General de las Indias Occidentales, y particular de la Gobernación de Chiapas y Guatemala”, Madrid, 1619, se la creía perdida hasta que el erudito mexicano Nicolás León descubrió a finales del siglo pasado un manuscrito incompleto (faltan los capítulos 1 al 4), procedente del Convento de dominicos de la ciudad de Oaxaca.

Desde 1514, cuando en Cuba leyó aquello del Eclesiástico: “Quien ofrece en sacrificio algo mal obtenido, su ofrenda

es culpable, los dones de los malvados no son agradables a Dios” (Eclesiástico, 34,21), el corazón del clérigo conquistador y encomendero, había sufrido un cambio que, poco a poco, se fue radicalizando.

Hasta su muerte, en 1566 (a los 92 años), dedicará su vida a defender apasionadamente (quizá no siempre justamente) los dos grandes principios que su conciencia cristiana percibía en la conquista:

que el indio es un ser humano con los mismos derechos esenciales que el español,

que al indio hay que proponerle el cristianismo sólo por medios razonables y pacíficos.

El libro “DEL UNICO MODO... era su versión teórica de cómo debería llevarse a cabo la conquista.

Para Las Casas la única justificación de la presencia de los españoles en el Nuevo Mundo era la cristianización de los indios.

Pero esta no podía ser realizada más que por medio de la paz y de la razón:

“La Providencia divina estableció para todo el mundo y para todos los tiempos, un solo, mismo y único modo de enseñarles a los hombres la verdadera religión, a saber: la persuasión del entendimiento por medio de razones y suave moción de la voluntad” (passim)

Sus argumentos básicos son el ejemplo y las enseñanzas de Cristo y de los Apóstoles, la doctrina de los Padres de la Iglesia.

Luchará por que los indios comprendan la nueva fe antes de bautizarse (4) pero pondrá el énfasis en que la fe se debe predicar por medios pacíficos. Bajo ningún pretexto la fuerza (cualquiera que sea) y menos la guerra, debe ser utilizada para predicar la fe cristiana (5).

Los españoles deben abandonar el Nuevo Mundo, aun con todos sus indios sin cristianizar, antes que bautizarlos por procedimientos de fuerza, que son profundamente anticristianos.

Hay quienes defienden que los infieles han de ser sometidos primeramente, “quisieran o no, al dominio del pueblo cristiano; y que una vez sujetos, se les predicara la fe de una manera ordenada” (6).

Para Las Casas esto es la guerra, y la guerra no trae más que males. Y “sujetar a los infieles por medio del funesto aparato de las guerras, para que oigan el evangelio y reciban la religión cristiana” (7) es contrario al modo natural y pacífico anteriormente expuesto, a la disposición y a la intención de Cristo, a la doctrina, al gobierno y al modo de predicar de todos los apóstoles. Y los que así hacen, no solamente no aman a Dios, ni al prójimo, ni a sí mismos, sino que odian a Dios y al prójimo y a sí mismos.

En el último capítulo concluye Las Casas que “es temeraria, injusta y tiránica la guerra que se hace a los infieles... para que sometidos al imperio de los cristianos por medio de la misma guerra, preparen sus ánimos para recibir la fe o la religión cristiana, o también para remover los impedimentos que puedan estorbar la predicación de la misma fe” (8).

Terminaba con unos corolarios verdaderamente valientes.

“Todos los que hacen la mencionada guerra y todos los que con cualquier género de cooperación, mandato, consejo, auxilio o favor (10) son causa de que se les declare la misma guerra a estos infieles, cometen pecado mortal, y gravísimo por cierto” (11).

Y todos ellos están obligados a la restitución, y el cumplimiento de esta obligación les es necesario para salvarse (12), y es obligación solidaria, y por todos los daños causados (13).

Por fin “yerran haciéndose grandemente culpables, aunque tengan el poder y autoridad de obispos”, todos los evangelizadores que castiguen a los indios por su propia mano o por su mandato (14).

En verdad que Las Casas es el campeón de determinada “liberación” de los indios.

Son también hoy de aplicación las cinco condiciones esenciales que para Las Casas, siguiendo a San Pablo, constituyen la forma de predicar el evangelio de acuerdo con la intención y mandato de Cristo (15).

1. “La primera es que los oyentes, y muy especialmente los infieles, comprendan que los predicadores de la fe no tienen ninguna intención de adquirir dominio sobre ellos con su predicación”.

Fuera, pues, la adulación y el engaño (y la dirección no directa?), propios de los que quieren invadir y dominar. Y la opresión y todo género de dependencia.

2. “La segunda parte consiste en que los oyentes, y sobre todo los infieles, entiendan que no los mueve a predicar la ambición de riquezas”.

No dar sospecha siquiera de que nuestra predicación, nuestro “status” sirve a nuestro lucro. No podemos adquirir cualquier género de riqueza, cuando nuestra única razón de ser es la de servir (16).

3. “Los predicadores se muestran de tal manera dulces y humildes, afables y apacibles, amables y benévolos al hablar y conversar con sus oyentes, y principalmente con los infieles, que hagan nacer en ellos la voluntad de oírlos gustosamente y de tener su doctrina en mayor reverencia”

Y mayor tiene que ser la mansedumbre cuanto mayor sea la crueldad e incultura: “cuando tengamos que tratar con aquellos que desconocen por completo lo que es humanidad y mansedumbre. Entonces es cuando se manifiesta la virtud del predicador, entonces es cuando brillan con más claridad su encargo, su ministerio y sus frutos” (17).

4. “La cuarta... es que tengan el mismo amor de caridad con que San Pablo amaba a todos los hombres del mundo”. Llenas de actualidad para los hombres y pueblos de hoy están esas vehementes exhortaciones a la caridad:

“Si se nos manda que no retengamos el salario de nuestros obreros ¿podremos retener bajo un dominio injusto a tantos hombres y niños, grandes reyes y súbditos en la servidumbre?

¿Tantos reinos e imperios, tantos despojos, tantas cosas arrebatadas con violencia (la violencia tiene muchas caras), ni sólo hasta el día siguiente, sino hasta la hora de la muerte, y más todavía conservándolos perpetuamente sin ningún escrúpulo, hechos ya insensibles, como si los poseyeran por derecho de heredad (que no siempre es justo)?”

“Y hay que lamentar algo más todavía, que aquellos que se glorían del nombre de cristianos, con las angustias y aflicciones que causan, con sus obras depravadas, sean un obstáculo para que se hagan cristianos todos aquellos que no han entrado todavía por las puertas de la Iglesia” (18).

5. “Esta quinta parte consiste, pues, en la vida justa, irreprochable, ejemplar... pues nada hay más frío que el maestro que no hace más que filosofar en sus discursos; ni es propio de un maestro este modo de enseñar, sino más bien de un farsante o un hipócrita; y de ahí que los apóstoles enseñaran primero con su vida y después con sus palabras” (19).

El tratado “DEL UNICO MODO...” plantea a la evangelización hoy varios interrogantes. Ni voy a ser exhaustivo en ellos, ni mucho menos en las respuestas. Son unas reflexiones, un examen de conciencia que me hago a mí mismo.

1.— Hay que evangelizar. Cristo nos ordenó a todos los cristianos —y es un mandato formal— anunciar el Evangelio completo de su amor por nosotros, del amor que como hermanos nos debemos tener, porque Dios Trino y Uno es Amor.

No evangelizar sería, entre otras cosas carecer de respeto hacia los demás, no tener el más elemental amor al privarles de esta verdad-vida, que no puede ser sino liberadora.

Pero eso sí: esa evangelización debe asumir, entre otras cosas:

— la promoción religiosa del hombre que lo lleve a formar una comunidad cristiana, justa ella y comprometida en la creación de un pueblo justo, libre de opresiones interhumanas.

— la condenación profética de toda situación de dominación, de fuerza, de violencia, de opresión... (la “conquista” y la “colonización” y la “guerra”... del tiempo de Las Casas, tiene hoy otros nombres: capitalismo, marxismo, sociedad de consumo, dictadura descubierta o encubierta...) de toda situación repugnante al plan de Dios; que es justicia, amor, libertad, igualdad... entre los hombres.

— la rectificación de formas religiosas “alienadas”, “ange-

listas”.

2.— No se puede utilizar la religión, la Iglesia, la evangelización como fuerza social que hay que movilizar

- o hacia objetivos revolucionarios de lucha de clases
- o para seguir apoyando a sectores dominantes.

3.— Es indudable que Las Casas tenía una devoción, casi unilateral hacia los indios. Su civilización no sólo era digna de estudio, sino de respeto, superaba con ventaja a la de los pueblos de la antigüedad; y, en algunos aspectos de honda y buena civilización, estaban por encima de los orgullosos españoles. Luchó denodadamente contra su esclavización y exterminio. Pero, se equivocó decimos hoy (entonces cultural y socialmente era imposible hacer más), al querer incorporarlos a la civilización española y cristiana, aunque fuera por la persuasión pacífica. soñaba en que los indios, libremente, en paz, aprendiesen a vivir solos “como los labriegos cristianos en Castilla”.

No llegó a distinguir rectamente civilización hispana (parte de la cristiandad de entonces) y cristianismo. A la mayor parte de los que tomaron parte en la conquista y evangelización del Nuevo Mundo ni se les ocurrió siquiera que pudiera darse alguna distinción, ni siquiera a la Iglesia. Y en la medida en que la Iglesia unificó el cristianismo con la civilización hispana, el “mesianismo hispánico” no fue liberador, redentor; al contrario hundió para siempre civilizaciones, a las que ni siquiera permitió “dialogar” con el cristianismo

Se dice que no ha habido civilización que no haya sido religiosa, y que toda religión tiende a encarnarse en una civilización. Y que una religión de masas no es posible si no está sostenida por una civilización. Y abogan entonces a la desesperada y a veces, a como dé lugar, por intentar revivir las épocas de cristiandad, pues la cristiandad, dicen, es un capital que hay que revalorizar, no dilapidar.

Otros piensan que todo tiempo usado en la sustentación de la cristiandad, es tiempo perdido para el cristianismo.

En verdad que el cristianismo no puede desinteresarse de la sociedad temporal, y la civilización no puede hacer abstracción del cristianismo.

Pero porque se identificó —y corremos siempre peligro de identificar— al cristianismo con una civilización determinada y, por lo tanto, con una cultura, con una lengua, con una filosofía, simbología..., el Islam prácticamente nunca fue misionado, y no hemos podido evangelizar a los hindúes, ni a los

(1) Las Casas, Bartolomé de. “Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión”.

(4) Se opondrá tenazmente a no pocos misioneros, siempre dispuestos a bautizar el mayor número posible de indios (quizá para contrarrestar las pérdidas originadas por la Reforma Protestante), aunque nada entiendan de la fe, aunque no tengan suficiente doctrina.

El mismo negará el bautismo a quien se lo pide sin preparación suficiente, y obtendrá, a través del Consejo de Indias, la sentencia cualificada, firmada, entre otros, por Francisco de Vitoria y Domingo de Soto, de que nadie bautice indios adultos, ni negros ni otro infiel sin que estén bien doctrinados en la fe. (En 1539 al rehusar la petición de Motolinía de bautizar a un indio, que consideraba insuficientemente preparado).

(5) En la conquista, indudablemente hubo violencia y vejación de indios y pervisión de conquistadores, colonos, funcionarios reales, y hasta frailes y Obispos (no todos y siempre: es claro). Y ambición de dominio y poderío. Fue, y será siempre incompatible, el propósito de la Corona de España de conquistar tierras y gentes, de allegar poder, dominio y oro, y al mismo tiempo cristianizar a los indios, Cristo es el Amor desarmado de todo poder, dominación, opresión, riqueza, ambición... Mal puede unirse a cualquier bandera, aunque esta lleve una cruz.

(6) 397

(7) 409

(8) 503

(10) Y en aquellos tiempos en las Indias, casi todos los españoles, y en España y Roma, Imperio e Iglesia ¿quién estaba libre de culpa?

Clemente VII, en la Bula “Intra Arcana”, de 8 de mayo

en el año de LAS CASAS

chinos, ni a los africanos. (Convertimos en absolutos a Aristóteles, y a Santo Tomás, y al latín y a la liturgia latina...) Y nos repele todo socialismo, no sólo el ateo, y nos estamos convirtiendo de hecho en un ghetto al margen de la vida.

El cristianismo es una Iglesia que trasciende toda cultura, y únicamente así puede ser libre, profética, liberadora, salvadora...

La cristiandad es una cultura que incluye al cristianismo y, por lo tanto, lo ata. Y hoy también pueden surgir cristiandades de otros signos.

Solo el cristianismo (y como vida que de él se expande, la evangelización libre y liberadora) relativizando todo lo temporal, también determinadas formas religiosas, más todavía de las que hemos relativizado (pero conscientemente, no con el temor y la angustia de quien piensa que está triacionando algo sagrado intangible) podrá buscar formas nuevas que expresen más adecuadamente las riquezas del mensaje cristiano, dentro de la dinámica del evangelio (20).

Cristianos comprometidos seremos políticos y sindicalistas... y lucharemos codo a codo con nuestros hermanos los hombres...; pero el compromiso cristiano, si es auténtico, nunca ni esclaviza, ni se liga absolutamente a un sistema, cosmovisión, o postura determinada, mucho menos a un partido, a una revolución.

Hay condiciones socio-económicas (por ejemplo la esclavitud de los indios) que por entrañar sistemáticamente la dominación del hombre por el hombre son inaceptables para el cristiano. Frente a ellas el cristiano no puede tomar actitudes espiritualistas evasivas, ni contentarse con nuevas denuncias, sino a ejemplo de Las Casas, buscar la construcción de condiciones más aceptables.

de 1529 había urgido al emperador Carlos V a que usara de la fuerza contra los indígenas americanos si era necesario para su conversión:

“Confiamos que mientras vivais obligareis y con todo celo haréis que las naciones bárbaras vengan al conocimiento de Dios, autor y fundador de todas las cosas, no sólo por medio de edictos y admoniciones, sino también por la fuerza y por las armas, si fuere necesario, para que sus almas puedan participar del reino celestial...”

En contrapartida Carlos V, el 19 de junio del mismo año, prometía al Papa, en el tratado suscrito en Barcelona, que usaría de la fuerza de su imperio para abatir a los cismáticos luteranos, si no valían los medios pacíficos.

(11) 521

(12) El mismo Las Casas rehusó repetidas veces la absolución a conquistadores y colonos, hasta que no devolvieran a los indios los bienes (tierras...) que para él les habían sido arrebatados contra todo derecho.

(13) pp. 541-565

(14) p. 567

(15) pp. 249-309

(16) Recuerdo el barrio de Guachupita en Santo Domingo, donde varios abnegados sacerdotes trabajan pobremente, con paciencia... en sitio donde el cura es el “ladronazo, y el Papa “el gran ladronazo”.

(17) Al sencillito pueblo venezolano le escandaliza y repele el Padre que se pone “bravo”.

(18) p. 437

(19) p. 263

(20) Porque el cristianismo es la superación de la religión, no en cuanto que no tenga formas religiosas propias, sino en cuanto que las relativiza.